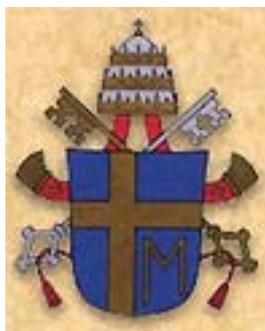


CARTA DE JUAN PABLO II AL 32 CAPÍTULO GENERAL de la Compañía de María- Marianistas



7 Julio 2001

Al Rev. David Fleming, Superior General

“La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, estén con usted” (2 Cor. 1,2). Con el amor de la Santísima Trinidad y con las palabras del Apóstol, le saludo a usted y a los miembros de la Familia Marianista, reunidos en Roma del 8 al 29 de julio de 2001 para celebrar su XXXII Capítulo General, que tiene como tema “Recrear con un impulso renovado el proyecto misionero de nuestro Fundador”. Como proyectan en vistas a una futura fidelidad a la voluntad de Dios y a su carisma fundacional, pido a Dios para usted la abundancia de los dones del Espíritu Santo, y le prometo el recuerdo en mis oraciones, “agradeciendo su colaboración a la expansión del Evangelio”. (Flp. 1,5).

Fue una alegría para mí, con ocasión del Año del Gran Jubileo, añadir el nombre del padre Guillermo José Chaminade al número de los bienaventurados que han demostrado la santidad con la que Dios nunca cesa de adornar a la esposa de Cristo. Al beatificar a vuestro Fundador, invité a toda la Iglesia a celebrar la memoria de un hombre que nació en tiempos enormemente problemáticos que tuvieron lugar en Francia; un hombre que vivió los tiempos tumultuosos de la Revolución, prefiriendo el destierro y el peligro de muerte, a los compromisos arrancados a la fuerza al clero de su tiempo; un hombre que, en todas circunstancias de máxima dificultad, vio siempre en María su fuerza interior, y encontró en la Cruz la auténtica esperanza del mundo: *"Ave María, gratia plena"*, y *"Ave crux, spes unica"* fueron las palabras grabadas en su corazón, y de la misma manera deben estarlo en los que son sus hijos espirituales.

En una época turbulenta, como la que vivió Chaminade, puede resultar difícil leer los signos de los tiempos. Pero él tuvo una especial capacidad para comprender las necesidades de aquel momento y las medidas que exigían. Enfrentado no sólo al desorden revolucionario, sino también al aparentemente menos dramático, pero no menos amenazador, de la indiferencia religiosa que corroía a la Cristiandad en su realidad íntima, vuestro Fundador demostró tener

unos valores de imaginación apostólica y valentía, que tienen sus raíces en la auténtica santidad.

El Bienaventurado Guillermo José Chaminade fue consciente de una forma especial de la verdad que mencioné en mi carta apostólica *Novo millennio ineunte*, de que “todas las iniciativas pastorales tienen que estar relacionadas con la santidad” (Nº 31) Por eso, al fundar la Compañía de María, quiso ofrecer a la sociedad descristianizada de su tiempo “el espectáculo de un pueblo de santos”. Para eso habéis sido fundados, queridos hermanos, ¡un pueblo de santos! Y esta realidad debe guiar todos los proyectos del Capítulo General. “Pero es posible planificar la santidad?, me preguntaba en la misma Carta Apostólica. “¿Qué puede significar la palabra *santidad* en el contexto de un plan pastoral? (ibid). Es evidente que si no ponemos, como Chaminade, la santidad como objetivo de toda nuestra programación misionera y pastoral, se logrará muy poco en un tiempo en que hacen falta santos, al igual que en la época en que vivió vuestro Fundador...

Al fundar una Compañía que aglutinaba las diferentes vocaciones propias de la Iglesia - el sacerdocio, la vida religiosa y el laicado -, vuestro Fundador se adelantó a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, de que todos los bautizados, sin excepción, están llamados a la santidad, que no conoce barreras (cf. *Lumen Gentium*, 5). Al comprometer a la Compañía en las sendas de la misión, entendía que la verdadera santidad es el corazón de la auténtica misión y que todos los cristianos están llamados a ser misioneros. El éxito de la nueva evangelización en los albores del Tercer Milenio depende de la aceptación renovada de estas verdades eternas.

“*¡Duc in altum!; Remad mar adentro!*” (Luc. 5,4): las palabras que Cristo dirigió a Pedro mantuvieron el eco durante siglos. Fueron las palabras que escuchó Chaminade en lo más profundo de su corazón; y siguen siendo las palabras que nosotros debemos escuchar. La orden del Señor, "Lanzad las redes en las profundidades del mar" ha parecido siempre extraña para el hombre que no cree tener ante sí ni un solo pez que pescar. Realmente, en los tiempos en que vivió vuestro Fundador se diría que el mar carecía de un solo pez que ofrecer. Pero Chaminade, como Pedro, obedeció la orden del Señor, lanzó sus redes a las profundidades, ¡y qué espléndida fue la captura! Vosotros formáis parte de esa captura, vosotros y todos aquellos a los que la Compañía de María ha llenado del amor a Cristo desde su fundación.

Las aguas de nuestra así llamada poscristiandad parecen que nada tienen que darnos. Vivimos en un tiempo en el que el pueblo grita pidiendo libertad, pero se resiste a la verdad; pone en duda no sólo la fe sino incluso la razón misma; insiste en los derechos, pero se niega a toda responsabilidad; tiene ansias de plenitud, pero pone obstáculos al amor. Dentro de estas aguas, nada prometedoras, debéis lanzar las redes como hijos del Beato Guillermo José Chaminade, seguros de que sólo Jesús puede satisfacer los deseos más profundos del corazón humano.

El Dios, que hizo surgir la creación del caos, que hizo que se formara un niño en el vientre estéril de Sara, que sacó a los esclavos de la tierra de Egipto, que llevó a Cristo de la muerte a la vida: éste es el Dios de la pesca milagrosa que

nos espera. ¡Es el Señor de lo imposible! Es el mismo que ahora os dice: “¡Mirad, estoy creando algo nuevo”. (Is. 43,19), es quien debe inspirar todas vuestras oraciones, pensamientos, palabras y acciones a lo largo de los días de vuestro Capítulo General. ¡No tengáis miedo a comprometeros en un programa elevado y exigente de vida y de misión para vuestra Compañía! Los tiempos nos exigen el máximo de amor y generosidad.

Con toda la Iglesia, doy gloria a Dios que “puede hacer infinitamente más de los que nosotros podemos imaginar”. (Ef 3,20) en favor de toda la Compañía de María, de lo que ha hecho desde su fundación en 1817. Encomiendo el trabajo del Capítulo y la misión de la Compañía a la poderosa intercesión de Nuestra Señora, Reina de los Apóstoles, a la que todos vosotros estáis consagrados de una forma especial; y con mis mejores deseos de que os llegue a todos la misericordia infinita del Hijo, con inmensa alegría imparto mi Bendición Apostólica a la Compañía de María.

Desde el Vaticano, 7 de julio de 2001

† Joannes Paulus II